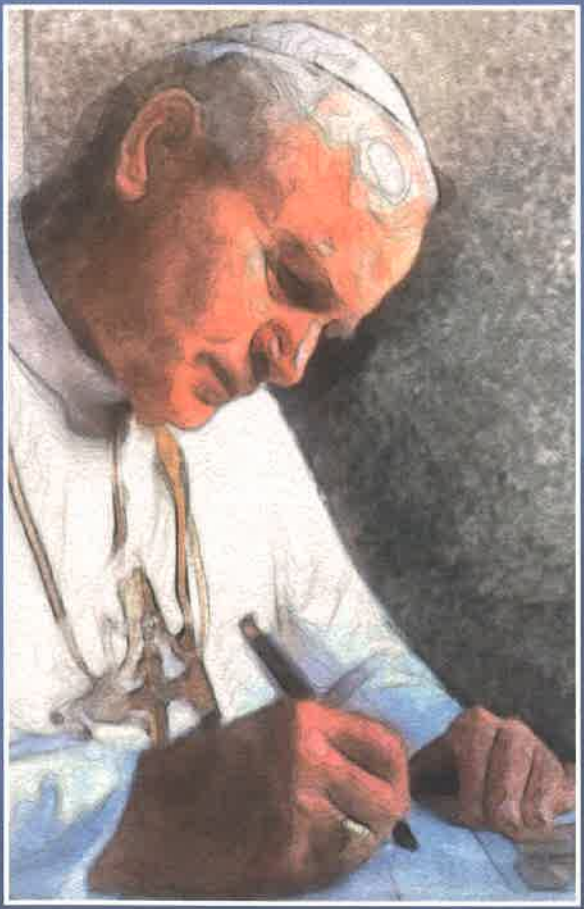
Glosas a la *Carta a las familias* de Juan Pablo II



JORGE L. NAVARRO CAMPOS
COORDINADOR

CEFAS
Centro de Estudios de Familia y Sociedad

UPAEP

DIRECTORIO

Emilio José Baños Ardavín	Rector
Eugenio Urrutia Albisua	Vicerrector académico
Herberto Rodríguez Regordosa	Vicerrector de Posgrados e Investigación
Jorge Medina Delgadillo	Decano de Artes y Humanidades
Johanna Olmos López	Directora de Investigación
Margarita Teyssier Larios	Directora del Centro de Estudios de Familia y Sociedad

Diseño gráfico y editorial: Miguel Ángel Carretero Domínguez
Producción: Dirección de Investigación UPAEP

GLOSAS A LA 'CARTA A LAS FAMILIAS' DE JUAN PABLO II
Coordinador: Jorge L. Navarro Campos
Derechos reservados[2] por la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, A.C. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio. Se autorizan breves citas en artículos y comentarios bibliográficos, periodísticos, radiofónicos y televisivos, dando al autor y al editor los créditos correspondientes.

Primera edición, 2015

ISBN: En trámite.

Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, A.C.
21 Sur 1103, Barrio de Santiago, Puebla, México.

HECHO EN MÉXICO

19. EL GRAN MISTERIO

~ *Rocío Figueroa Alvear*
Teóloga

1. "El gran misterio"

Juan Pablo II en este numeral retoma la expresión paulina «gran misterio» (cf. Ef. 5, 32) para hacer referencia a la vida familiar y en particular a la relación entre los esposos.

¿Qué entendemos por misterio? El primer significado lo tomaremos del Diccionario de la Real Academia Española que lo define como: «cosa arcana o muy recóndita, que no se puede comprender o explicar». Es cierto, para la mentalidad actual lo misterioso hace referencia a lo oculto, a las realidades que el hombre no puede controlar ni explicar, a esa dimensión espiritual y de orden sobrenatural: en otras palabras a lo divino.

El Papa en esta carta repite el tema del "misterio" que había ya desarrollado en su Exhortación Apostólica *Mulieris dignitatem*. Esta exhortación fue escrita en 1989 y la *Carta a las familias* en 1994. Juan Pablo II al escribir estos dos documentos se confronta con la experiencia de las ideologías, con una sociedad donde primaba el racionalismo, una

postura intelectual que "no soporta el misterio" y concretamente el misterio cristiano[1].

En estos años hemos sido testigos de un cambio de la realidad cultural, y por ello, esta *Carta* ha de ser "re-leída" y acogida para los nuevos tiempos. En sólo 20 años el racionalismo que vivía Juan Pablo II ha colapsado y ha frustrado las esperanzas de quien confiaba que se podía a través de la razón y la ciencia resolver los grandes interrogantes de la existencia.

Esta desconfianza en la razón ha generado un nuevo interés por el "misterio", un regreso a la realidad "sagrada", un interés «por aquel complejo de creencias, aspiraciones, relaciones con lo sagrado, y respuestas a las "preguntas fundamentales"».[2] Es relevante cómo los filósofos y pensadores del fenómeno del secularismo habían pronosticado que la religión moriría y que seríamos testigos de su extinción[3]. H. Cox había planteado incluso una teología de la secularización para una sociedad "profana"[4].

En cambio, lo que caracteriza a nuestra sociedad actual es un nuevo interés por lo sagrado. Sin embargo, este nuevo interés o estas formas de religiosidad se expresan de las formas más variadas y complejas: desde una experiencia personal que se aleja de las instituciones, hasta fundamentalismos o mezclas sincréticas de varios elementos religiosos. Hay también nuevas adhesiones tanto al catolicismo, protestantismo, confesiones evangélicas, cristianismo, islam, hebraísmo, las distintas tradiciones del budismo y comportamientos reconducibles al área

1 Juan Pablo II, *Carta a las familias*, n. 19.

2 M. Introvigne – P.L. Zocatteli, *Le religioni in Italia*, en: http://www.cesnur.com/la-definizione-di-religione-2/ (última entrada: 23/10/2014, 11.51am).

3 Cfr. H. Cox, *La Ciudad secular*, Barcelona 1968.

4 Sin embargo, hoy somos testigos de un interés por lo religioso y de un regreso a lo sagrado que no necesariamente está fuera de las religiones históricas como se preconizaba. Robin Grill escribió en 1993 *The myth of the empty church*, Vermont 2003, (El mito de la iglesia vacía).

cultural del hinduismo (yoga, ciertas formas de meditación), hasta manifestaciones disparatadas como aquellas del *New Age*. Éstas y muchas propuestas se ofrecen hoy para el ser humano que busca darle sentido a su existencia.

Lo que podríamos poner como común denominador a toda experiencia religiosa es que la persona percibe lo divino como una realidad primaria y se siente exigida a responder de manera seria y solemne[5]. Por eso no considero en esta búsqueda del misterio las "modas" o técnicas del *New Age*, porque justamente les faltaría esta respuesta solemne que compromete toda la existencia.

Por ello creo, que este «gran misterio» del que habla Juan Pablo II es vigente hoy más que nunca, pues las personas están cada vez más sedientas de lo Infinito, más sedientas de Dios. El "misterio" es más vigente que nunca pero también más complejo al encontrarnos en una especie de super-mercado de experiencias religiosas. Sin embargo, esta problemática –por lo menos en Latinoamérica–, nos exige dirigir la atención hacia nosotros los cristianos que no hemos logrado hacer suficientemente presente y visible el misterio de Dios. Es por ello, interesante releer, hacer memoria de la carta de Juan Pablo II y actualizar en la propia existencia de familia este "gran misterio".

La pregunta primera a la que debemos responder es ¿qué entendemos nosotros los cristianos por "misterio"? ¿Qué significa el misterio del amor de Cristo por su Iglesia? ¿Cómo este amor se relaciona con el amor esponsal? ¿Cómo podemos a través del amor familiar volver a acercar a las personas al misterio de Cristo?

La palabra *misterio* en el Antiguo Testamento expresa la vida oculta de Dios. Es con San Pablo que se realiza una teología del misterio a partir

5 Cfr. W. James, *The Varieties of Religious Experience*, Nueva York 1985, 38.

de la Encarnación de Cristo. Se trata del misterio escondido de Dios *revelado de manera plena en Cristo.* En griego *mysterion* se traduce en latín como *sacramentum.* En la Sagrada Escritura el concepto sacramento-misterio viene a significar la acción salvadora de Dios, inivisible a los ojos humanos que se revela al hombre de manera visible. Designa en esencia el plan de Dios revelado y obrado en la persona de Jesucristo[6]. Para San Pablo el misterio de salvación se cumple en Jesucristo y se prolonga en la historia de los hombres a través de la Iglesia[7]. De ahí que cuando se habla de *misterio* estamos hablando propiamente de *Cristo*[8].

Cristo se hace carne, se hace "visible" a los hombres para manifestar la salvación "invisible" de Dios. Cristo pues es el misterio-sacramento del Padre que con su encarnación, pasión, muerte y resurrección y dando la vida por los hombres manifiesta el "gran misterio" del amor del Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.

Esta es la esencia de la revelación de Cristo. Mostrarnos la vida íntima de Dios Padre como un Dios Amor y revelar al ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios su identidad más profunda. Así como Dios es Amor, la persona sólo es persona en la medida que ama: «el hombre, única criatura terrestre a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»[9]

---

6 Cfr. 1Cor. 1,17.23; 2,1-2; 4,1; 13,2; 14,2. «Todo en la vida de Jesús es signo de su Misterio [...] Su humanidad aparece así como el "sacramento", es decir, el signo y el instrumento de su divinidad y de la salvación que trae consigo: lo que había de visible en su vida terrena conduce al misterio invisible de su filiación divina y de su misión redentora» (*Catecismo de la Iglesia Universal,* n. 515).

7 Cfr Rm 16,25ss; 1Co 2,7-10; Ef. 1,9ss; Col. 1,26ss; 1Timm 3, 16.

8 Cfr. Col 1,27; 2,2; 4,3. Cristo como sacramento del Padre ha sido desarrollado ampliamente por Henri de Lubac: «El mismo Jesucristo es para nosotros, en su humanidad, el sacramento de Dios» (H. De Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Madrid 1988, 163).

9 Constitución Dogmática *Gaudium et spes*, n. 24.

La sociedad occidental con su propuesta consumista e individualista señala que la felicidad consiste en una fijación narcisista que busca apagar la propia sed de amor a través de las exigencias hacia el otro: "que me amen", "que me valoren", "que me engríen", "que me escuchen" "que me den", pensando ilusoriamente que así se colmará la propia sed de amor. Se convierte al "otro" en un objeto de apagamiento de las propias exigencias – incluso pensando que se le ama mucho–, alejándose tanto de uno mismo como del tú verdadero.

Es sólo en la donación recíproca, donde cada uno de los esposos se convierte en un don para el otro y se va encaminando hacia la perfección de la vida. Lo que nos define como personas no son las características físicas, cualidades o defectos. Tampoco el carácter o el temperamento. Lo realmente único es la manera particular con la que amo, pues mi amor no puede ser replicable por nadie más sino más que por mí. Por ello, el auténtico amor «no es sólo un especial modo de estar vivo, es más bien la perfección de la vida. El que ama está más vivo y más real que cuando no amaba»[10].

En nuestros días la palabra amor dice poco. O dice demasiado y no dice mucho. Para muchos, el amor de una pareja hace referencia a un sentimiento pasajero, intenso y pasional pero que con los años puede desaparecer y por lo tanto romperse. Otros no creen que pueda durar por siempre. Para otros se trata de un acuerdo entre dos partes donde la unión está basada en conveniencias y donde la pareja ha de responder a las propias necesidades y exigencias de realización personal. Si el otro no cubre estas expectativas el acuerdo se rompe a través de la separación o el divorcio si es que optaron por el matrimonio. O quizás para algunos se entiende el "amor" de manera idealista, como una búsqueda de experimentar una realización personal continua.

---

10 T. Merton, *Love and living*, 27, New York 2011 (primera edición e-book).

Aún nosotros proclamándonos cristianos percibimos con el paso de los años que amar y entregarse por el otro en el matrimonio no es fácil, nos topamos que es algo "humanamente imposible". Todos en un determinado momento de nuestra vida sentimos la limitación del propio amor y las semillas de egoísmo, resentimiento y soberbia que dificulta el perdón, el amor desinteresado, la fidelidad continua. Y es por ello, que el cristiano tiene un don inconmensurable porque Cristo viene en ayuda de la propia debilidad. El auténtico amor de una pareja tiene la posibilidad de elevarse tras las huellas de Cristo quien «amó hasta el extremo» (*Jn.* 13, 1). El amor de Cristo no es sólo un modelo sino que se convierte en el motor del propio amor, que nos puede llegar a transformar parafraseando con el apóstol Pablo "no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí" (Gal. 3,20) por "no soy yo quien ama es Cristo quien ama en mí". Sólo el Espíritu de Cristo derramado en los corazones permitirá a hombres y mujeres amar hasta dar la vida por los cónyuges. Quizás no se tendrá la oportunidad de dar la vida literalmente, pero dispondrá al cristiano para ofrecer la vida cotidianamente que es quizás lo más difícil de vivir.

Urge por ello al cristiano regresar a la fuente del amor en las relaciones conyugales. El amor no es sólo un sentimiento humano, es una fuerza potente, sobrenatural y espiritual que trasciende la propia naturaleza humana porque se nutre del mismo amor de Dios. El amor tiene su propio camino, su propia ciencia, es una sabiduría particular donde uno se va acercando al misterio de la persona amada y él a la nuestra. No es un camino uniforme, ni sólo en subida. El amor de los esposos cristianos tiene en cuenta la realidad herida de todos, y por lo tanto se vuelve un amor de **misericordia**, como el amor del mismo Cristo. Las propias debilidades, las debilidades del propio cónyuge o de los hijos son atravesadas por la pátina del perdón, del recomenzar, de la continua renovación personal y comunitaria que se nos ofrece a través de la gracia sacramental.

Es a través del amor misericordioso entre unos y otros que nos vamos transformando de manera impensada. En un camino a través de esfuerzo, alegrías, sacrificios y gozos, conflicto y tensiones vamos siendo más nosotros mismos, se va potenciando el propio poder creativo y el horizonte de la propia identidad.

¿Es que acaso nuestras familias tienen el poder del símbolo que lleva al Misterio de Cristo? No se trata de un simbolismo abstracto, ni de un simbolismo idealista de la "familia feliz". Se trata de rostros reales de personas creadas, pecadoras y redimidas que dejan que la luz de Cristo ilumine el camino de la existencia.

Sólo se llega a Dios a través del encuentro con Cristo vivo, y sólo se llega a Cristo vivo a través de su Iglesia. Es cierto que la fe viene por la predicación, pero esta predicación no puede reducirse sólo al lenguaje o la comunicación. No son las palabras las que van a llevar a las personas a Dios. Es la fuerza del testimonio que invita al amor. Ésta es la potencia del "símbolo" que resuena y une a quien lo escucha con el misterio divino.

El verdadero símbolo no tiene que ser explicado, ni se puede hablar con precisión. El verdadero simbolismo no lleva tanto a la investigación, a la ciencia, al análisis sino que se entra en un área distinta: se entra en el ámbito de la contemplación, de la intuición, de la síntesis. Un verdadero símbolo contiene dentro de sí la estructura que despierta el sentido de la existencia. El verdadero rol del símbolo es justamente este: despertar y alentar la aceptación del propio centro, de las raíces del propio ser que trascienden nuestro ego individualista[11].

Y ésta es la fuerza del «gran misterio» de la familia. Si los esposos se aman no sólo con el modelo de Cristo, sino bebiendo de la fuerza poderosa de

11 Cfr. T. Merton, *Live and loving*, ob. Cit., 58.

este misterio del amor de Dios será una inspiración y un signo para quien esté abierto y sediento en búsqueda del sentido de la existencia. En la familia se encuentra una particular fuerza evangelizadora que remite al Dios del amor y de la misericordia.

El auténtico simbolismo tiene como intención no sólo comunicar una realidad, sino más bien participar de esta misma realidad. El amor esponsal invita por su misma dinámica a participar del amor de la familia en la gran familia de Dios que es la Iglesia. Quien se acerca a una familia donde el amor está en el centro, este será acogido como un "ser personal", un "prójimo" al cual no solo se testimonia el propio amor sino que por su fuerza expansiva se le ama con el mismo amor. La comunión de los esposos lleva a las personas que los rodean a la conciencia que participan del misterio del ser, del misterio del amor y de la redención.

2. El amor recíproco: Efesios, 5, 22-23

Quisiera detenerme ahora en el texto paulino del cual toma su reflexión Juan Pablo II. "El gran misterio" de la *Carta a las familias* es un apartado que hace referencia al texto de la carta de San Pablo a los Efesios 5, 22-32 referido a la vida familiar. La Biblia de Jerusalén traduce:

> «Sed sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo. Las mujeres a sus maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia, el salvador del Cuerpo. Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, purificándola mediante el baño del agua, en virtud de la palabra, y presentársela resplandeciente a sí mismo; sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada. Así deben amar los maridos

a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie aborreció jamás su propia carne; antes bien, la alimenta y la cuida con cariño, lo mismo que Cristo a la Iglesia, pues somos miembros de su Cuerpo. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia. En todo caso, en cuanto a vosotros, que cada uno ame a su mujer como a sí mismo; y la mujer, que respete al marido».

El pasaje que utiliza Juan Pablo II en este número, es uno de los pasajes que le ha valido el apelativo de misógino a san Pablo por no pocos sectores feministas. Y es que muchas de las citas paulinas nos llevan a preguntarnos ¿Qué visión tenía Pablo sobre la mujer y la relación entre el marido y su esposa? Y esto nos lleva a la siguiente pregunta. ¿Cómo Juan Pablo II interpreta la perspectiva paulina y como lee el pasaje citado?

San Pablo expresa en muchas de sus cartas la concepción patriarcal de su tiempo: «también él está vinculado al tiempo y a la cultura en su definición de la relación entre los sexos. En diversos lugares habla de la sumisión de la mujer al hombre (1Cor. 11,3; 14,34; Ef. 5,22s; Col. 3,18; 1 Pe 3,1)»[12]. En la carta a los Corintios (1Cor. 11, 2-15) por ejemplo, exige a las mujeres que lleven el velo a la oración. Esta perspectiva también la encontramos cuando hace referencia en la misma carta a los Efesios a los esclavos exhortándolos a ser sumisos a sus amos. Al leer este texto simplemente lo consideramos como un anacronismo de la época. De la misma manera, no podemos tomar al pie de la letra el texto a los Efesios ni leerlo como una enseñanza moral de comportamiento entre los sexos sino más bien comprenderlo que está escrito en un contexto socio-cultural particular.

---

12 W. Kasper, «La collaborazione tra uomini e donne nella Chiesa. Relazione del Card. Walter Kasper all'Assemblea plenaria della Conferenza episcopale tedesca» en: *Il Regno*, 5/2013, 169.

En esta línea, creo que es sumamente interesante la interpretación que realiza Juan Pablo II en la *Carta a las familias* sobre el texto de Efesios, 5, 22-32.

En primer lugar, vemos que sigue la línea de su Exhortación apostólica *Mulieris dignitatem* cuando al inicio del capítulo VII, n. 23, omite los versículos 22-24 que obstaculizan una lectura proficua del texto[13]. En la *Carta a las familias*, también omite intencionalmente los primeros versículos del texto.

Esta omisión no es casual sino intencional. Me parece importante retomar la *Mulieris dignitatem* pues en ella Juan Pablo II exhorta a relativizar el principio de la sumisión de la mujer al marido y a leer a San Pablo desde la novedad evangélica de la que hablábamos: «El autor sabe que este planteamiento, tan profundamente arraigado en la costumbre y en la tradición religiosa de su tiempo, ha de entenderse y realizarse de un modo nuevo: como una "sumisión recíproca en el temor de Cristo" (cf. *Ef* 5, 21)»[14]. Juan Pablo II, nos invita a comprender que en San Pablo podemos ver textos donde aún se percibe lo "antiguo" y donde también él se ve iluminado por lo "nuevo": «En relación a lo "antiguo", esto es evidentemente "nuevo": es la novedad evangélica. Encontramos diversos textos en los cuales los escritos apostólicos expresan esta novedad, si bien en ellos se percibe aún lo "antiguo", es decir, lo que está enraizado en la tradición religiosa de Israel, en su modo de comprender y de explicar los textos sagrados, como por ejemplo el del *Génesis* (c. 2)»[15]. Recordemos que para la tradición judía la creación de la mujer de la costilla de Adán era interpretada como superioridad del hombre hacia la mujer.

---

13 Cfr. A. Vanhoye, «Il "grande Mistero", la lettura di Ef. 5,21-33 nella Mulieris Dignitatem», en: AA.VV, *Dignitá e vocazione della donna: per una lettura della* Mulieris Dignitatem. Testo e commenti, Cittá del Vaticano 1989.

14 Juan Pablo II, *Exhortación apostólica* Mulieris dignitatem, n. 24.

15 *Ibidem.*

Así, la novedad evangélica del mensaje de Cristo estaría en esta recíproca sumisión que tiene que ir poco a poco entrando en las conciencias a lo largo de la historia: «Las cartas apostólicas van dirigidas a personas que viven en un ambiente con el mismo modo de pensar y de actuar. La «novedad» de Cristo es un hecho; (...) Pero al mismo tiempo, la convicción de que en el matrimonio se da la «recíproca sumisión de los esposos en el temor de Cristo» y no solamente la «sumisión» de la mujer al marido, ha de abrirse camino gradualmente en los corazones, en las conciencias, en el comportamiento, en las costumbres. Se trata de una llamada que, desde entonces, no cesa de apremiar a *las generaciones que se han ido sucediendo,* una llamada que los hombres deben acoger siempre de nuevo»[16].

Despejada la duda del inicio de este párrafo podemos entrar de lleno al argumento sobre el cual Juan Pablo II ha querido concentrarse: se puede realizar una analogía entre el amor esponsal y la relación entre Cristo y la Iglesia. En el apartado anterior habíamos mostrado cómo Cristo es el misterio-sacramento del Padre que manifiesta el "gran misterio" del amor de la Trinidad. La relación de revelación es recíproca: Por un lado la comunión de los esposos es una imagen visible del Amor de Dios Uno y Trino y consiente acercarse al misterio trinitario a través de la analogía[17]. Al mismo tiempo, el amor de Cristo "que amó hasta el extremo" nos orienta hacia qué sentido debe encaminarse la unión entre el hombre y la mujer: hasta el dar la vida el uno por el otro.

Algunos estudiosos han criticado el hecho que la analogía Cristo-Iglesia/esposo-esposa no es simétrica[18]. No les falta razón. Cristo es la cabeza y la Iglesia es el cuerpo, el amor de Cristo es perfecto y el

16 *Ibidem.*

17 Cfr. A. Vanhoye, «Il "grande mistero". La lettura di Ef. 5,21-33 nella Mulieris dignitatem» en: AA.VV., *Dignitá e vocazione della dona: per una lettura della* Mulieris Dignitatem. *Testo e commenti*, Cittá del Vaticano 1989.

18 *Ibidem.*

de la Iglesia no. El término de la analogía de Cristo sería el varón, y la Iglesia la mujer, cuando en la Iglesia estamos comprendidos tanto hombres como mujeres. Como lo dice el mismo Juan Pablo II: «Según la carta *paulina, este amor* es "semejante" al amor esponsal de los esposos pero naturalmente no es "igual". La analogía, en efecto, implica una semejanza, pero deja un margen adecuado de no-semejanza»[19]. Por ello, es importante comprender que estamos hablando de una analogía con todos los límites que ella tiene. Creo que lo que podemos rescatar es el amor y la entrega que ha de existir entre el esposo y la esposa como el amor de Cristo por su Iglesia.

Sin embargo, ¿Qué decir sobre los matrimonios quebrados, sobre las cohabitaciones, sobre esposos vueltos a casar después de unas primeras nupcias, o sobre matrimonios naturales que no han tenido el sacramento?

Creo que con la misma actitud que tiene Cristo para con su Iglesia debemos mirar a tantas parejas que han vivido o viven un drama particular. El amor de Cristo es ante todo un amor de misericordia que comprende la debilidad y que va alentando a las personas al horizonte de santidad a través del perdón. Es interesante, la relación de la III Asamblea General Extraordinaria en preparación al Sínodo sobre la Familia que se llevará a cabo en el año 2015. Este documento invita asumir la perspectiva del Concilio Vaticano II que también reconoce que "fuera de su organismo se encuentran diversos elementos de santificación y de verdad" (*Lumen Gentium,* n. 8). Invita a ver en los matrimonios naturales que tienen las características de fidelidad, amor mutuo, cuidado de los hijos esta orientación hacia Cristo. Es un llamado a valorar los elementos positivos del matrimonio natural ordenado a Cristo y con una actitud respetuosa y evangelizadora mostrar la belleza de la gracia sacramental[20].

---

19 Juan Pablo II, *Exhortación Apostólica Mulieris dignitatem*, 25.

20 http://sinodo2014.wordpress.com/documentos/relatio-synodi/

Al mismo tiempo, para las convivencias, y los matrimonios civiles y divorciados vueltos a casar, el Sínodo en su n. 20 nos alienta a reconocer las semillas del Verbo dispersas más allá de los confines visibles y sacramentales dirigiéndonos con respeto a las personas que no participan de la Iglesia de modo completo y perfecto. El acompañamiento para ayudar en la reconciliación y perdón de tantas personas heridas nos invita a ser ese buen samaritano que es el mismo Cristo y de esta manera seguir actualizando en la historia el "gran misterio".